

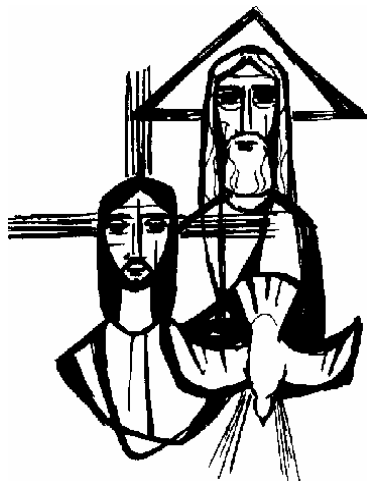


SEGUNDO ENCUENTRO: LA LECTIO DIVINA

Lectio Divina significa "Lectura Divina" o "Lectura de Dios". Con esta expresión, Orígenes, un estudioso de la Biblia que vivió en Alejandría, en el siglo III d.C. bautizó este antiguo y fructífero método de lectura orante de la Biblia.

Objetivos: Durante este encuentro intentaremos:

- ✚ Conocer y practicar el método de lectura bíblica denominado Lectio Divina.
- ✚ Enumerar algunos elementos a tener en cuenta durante la lectura de la Biblia, reforzando lo aprendido en el encuentro anterior, y añadiendo nuevos elementos a considerar.



¡Más dulce que la miel al paladar!

Varias veces en la Escritura, la Palabra de Dios es comparada con el alimento. Nuestro Señor, al ser tentado por Satanás, dijo: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4, 4)¹. El profeta Jeremías también se refirió a las palabras de Dios como a un alimento: "Cuando me llegaban tus palabras, yo las devoraba. Ellas eran para mí, gozo y alegría, porque yo defendía tu causa ¡Oh Yavé Sebaot!" (Jr 15, 16).

El evangelista Juan nos dice que Jesús es la Palabra de Dios². Entonces si nos alimentamos con las escrituras, nos llenamos de Cristo. Por eso decía San Jerónimo que "quien desconoce las escrituras, desconoce a Cristo".

Resta una pregunta ¿Qué clase de alimento es éste? No es un alimento cualquiera. Es un alimento que da la vida eterna (cf. Jn 6, 68), pues el que come de él no muere (cf. Jn 6, 58). Y aún más...

¡La Palabra de Dios es un alimento sabroso!

Sí, cuando Jesús convirtió el agua en vino, el mayordomo halagó su sabor: "...tú has guardado el vino bueno hasta ahora" (Jn 2, 11). Así mismo, la escritura es sabrosa, "más sabrosa que la miel al paladar" (cf. Sal 119, 103). Pero, ¿cómo podemos descubrir esa dulzura? ¿Cómo llegaremos a degustar esa palabra? La lectura orante de la Biblia, o Lectio Divina, busca precisamente esto: degustar los tesoros escondidos en la Palabra, probar aquello que es capaz de hacer suave y llevadero, el yugo de Cristo que debe reposar en nuestros hombros. (cf. Mt 11, 30)³.

Ven Espíritu Santo



Ilumina los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía Señor tu Espíritu, y será una nueva creación, y renovarás la faz de la tierra. (cf. Sal 104, 29).

Señor, ¡cuánto amo tu Ley! Pienso en ella el día entero.

Tu ley, que siempre me acompaña,
me ha hecho más prudente que mis enemigos.

Soy más sabio que todos mis maestros, porque medito tu enseñanza.

Por cumplir tus órdenes, aventajo en inteligencia a los ancianos.

Aparto mis pies del mal paso, para guardar fielmente tus palabras.

Jamás me desvíe de tus sentencias, porque tú me has enseñado.

¡Qué dulce es tu palabra al paladar, más dulce que la miel para mi boca!

Tus mandatos aumentan mi comprensión, por eso aborrezco los caminos de perdición. (Sal 119, 97-104)

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

¹ Véase también Dt 8, 3; Am 8, 11; Ne 9, 29; Pr 9, 1-5; Sb 16, 26; Si 24, 19-21; Jn 6, 30-36.68+

² Juan emplea la palabra griega Logos, que quiere decir "palabra" y "verbo" al mismo tiempo.

³ Sobre el yugo, ver: So 3, 9; Lm 3, 27; Jr 2, 20; 5, 5; Is 14, 25; Si 6, 24-30; 51, 26-27.



Un método a 4 pasos:

La Lectio Divina consta de cuatro pasos:

- 1) Lectio = Lectura
- 2) Meditatio = Meditación
- 3) Oratio = Oración
- 4) Contemplatio = Contemplación.



Cada uno de estos pasos supone al anterior. Es decir, no es posible meditar sin una lectura previa; tampoco se puede orar sin haber meditado. De igual modo, no podemos contemplar aquello que no hemos leído, meditado y orado.

Por tanto, cuando se hace la Lectio Divina debe seguirse fielmente el esquema señalado. Para hacerlo, podemos estar solos o acompañados. Suele recomendarse hacer la Lectio solo, para seguirla luego en comunidad. La lectura previa, en ambiente individual, nos prepara para comprender mejor el texto, pero es en el ambiente comunitario donde podemos enriquecernos totalmente, pues Dios habla por boca de todos: "Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has mantenido ocultas estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a la gente sencilla" (Mt 11, 25) y también: "de la boca de los niños de pecho te has preparado una alabanza" (Mt 21, 16; Sal 8, 3).

La Lectio Divina es también una forma de oración. Y no cualquier forma. Es muy importante porque nos permite dialogar con Dios a través de su Palabra. Por ello se requiere que se realice en un clima de: Fe, comunión y conversión. Así como no es posible sacar agua de un pozo si no se posee un recipiente para ello, tampoco puede sacarse nada provechoso de la lectura de la Biblia si no llevamos el corazón lleno de fe.

La comunión también es un supuesto importante a la hora de hacer lectura orante. Recordemos que la Biblia fue dada a la comunidad, por ello no podemos "degustar" su sabor si no estamos en comunión con la Iglesia. La limpieza espiritual, que se manifiesta en un alma libre de

pecados mortales; la capacidad de diálogo con nuestra comunidad, que comprende el escuchar y el ser escuchado, y la escucha atenta a las enseñanzas de los exegetas y el Magisterio vivo, son indispensables para que el "recipiente no se rompa", y saquemos mucho provecho de la escritura.

Jesús nos mandó no echar las cosas sagradas a los perros, ni las perlas a los cerdos (cf Mt 7, 6). No debemos pues, esperar que Él llene de cosas santas nuestras almas si no nos dejamos renovar por Él. La conversión es necesaria para que la Lectio pueda dar fruto. Si nos mantenemos impuros como cerdos, su gracia no entrará en nosotros; pero si nos convertimos y nos dejamos purificar, la lectura de la Biblia será santificadora. Recordemos que "los de corazón limpio verán a Dios" (cf Mt 5, 8). Por tanto, la Lectio, al igual que cualquier método de lectura bíblica, debe ser motivo de continua conversión.



*¿Qué está escrito en la Ley?
¿Cómo lees? (Lc 10, 26)*

Lectio: Leer. En eso consiste este paso. Pero para hacerlo con fruto es necesario:

- ✚ Seleccionar primero el texto bíblico.
- ✚ Asegurarnos de preparar un adecuado clima de lectura.
- ✚ Hacer primero una lectura rápida y continuada del texto (a vuelo de pájaro), y luego seguir con una lectura detallada.
- ✚ Mientras leemos, es necesario poner atención a los distintos elementos del pasaje bíblico: **personajes** (reales o ficticios, angélicos o humanos...), **situación** (un almuerzo, una guerra, la predicación en el Templo...), **lugar** (montañas, lagos, el Templo, la sinagoga, el palacio...), **los accidentes temporales** (hora, momento del día, año, cantidad de tiempo transcurrido entre uno y otro hecho...), **palabras** (verbos, su tiempo y su número; palabras simbólicas, números bíblicos, palabras de significado difícil o desconocido; frases que suelen repetirse, etc). Debemos poner atención a los **géneros literarios**, **las formas de expresión de la época** y demás cosas que aprendimos en el Encuentro I.



✎ Es necesario que leamos respetando el texto. La Biblia es palabra de Dios, aunque no la entendamos. No debemos escandalizarnos por pasajes difíciles o restar importancia a aquello que “no entendemos o que no queremos entender”. No debemos forzar un texto para hacerle decir lo que nos conviene.

✎ Por último, conviene iluminar nuestra lectura empleando las citas o comentarios que traen las biblias modernas para aclarar aquello que parezca confuso.

“Tus ordenanzas quiero meditar y fijarme en tu forma de actuar” (Sal 119, 15)



editatio: Meditar.

La meditación se parece al trabajo que realiza el joyero cuando, golpe tras golpe, descubre la belleza escondida en un diamante en bruto. Para meditar es necesario “rumiar” el texto, repetir aquello que nos ha tocado, repetir aún más aquello que no entendemos. El trabajo de repetir ayuda al alma a entender, a dejarse penetrar por la Palabra.

No podemos meditar si no hemos leído bien. Por eso es tan importante que la lectura sea correcta. Puede suceder que nos equivoquemos en alguna palabra y empecemos a meditar algo que Dios no dijo. La meditación también debe confrontar lo que hemos leído con nuestra experiencia de Dios y las enseñanzas de la Iglesia. Todas las naves necesitan luces para guiarse de noche. Nosotros necesitamos de los exegetas y del Magisterio cuando estemos a oscuras en la comprensión de un texto.



Vivan orando y suplicando. Oren en todo tiempo según les inspire el Espíritu. (Ef 6, 18a)

ratio: Orar. La Lectio Divina es un diálogo, Dios me habla en su Palabra, yo le hablo en mi oración.



Cuando el padre del joven epiléptico (cf Mc 9, 14-29) escuchó la voz del Señor diciendo “*Todo es posible para el que cree*”, reconoció que tenía poca fe y pidió ayuda “*Creo, pero ayuda mi poca fe*” (Mc 9, 23-24). También, cuando Jesús sanó a los 10 leprosos, sólo uno de ellos volvió a darle gracias: “*uno de ellos al verse sano volvió de inmediato. Llegó alabando a Dios en voz alta y echándose a los pies de Jesús, con el rostro en tierra, le daba gracias*”. Y el ladrón, condenado a muerte, reconoció en la presencia de Cristo su condición pecadora: “*Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino*” (Lc 23, 42).

Del mismo modo nosotros, al dialogar con Dios, debemos responder según las necesidades de nuestro corazón y la inspiración del Espíritu. La Palabra es capaz de impulsarnos a pedir lo que necesitamos como lo hizo el padre del niño epiléptico; puede hacernos dar gracias como el leproso sanado o movernos a pedir perdón como el ladrón arrepentido. Lo importante es que respondamos inspirados por el Espíritu de Dios: “*El Espíritu nos viene a socorrer en nuestra debilidad; porque no sabemos pedir de la manera que se debe. Pero el propio Espíritu intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar. Y aquel que penetra los secretos más íntimos, conoce los anhelos del Espíritu cuando ruega por los santos según la manera de Dios*” (Rm 8, 26-27)

“Señor, mi Roca y mi Redentor, que todo lo que dice mi boca y el murmullo de mi corazón sean agradables ante ti” (Sal 19, 15)



contemplatio: Contemplar. La contemplación puede entenderse con las palabras del salmista: “*Me recreo cumpliendo tus dictámenes más que en toda riqueza. Me deleito en tus preceptos, no olvido tu palabra*” (Sal 119, 14.16).

Como paso final de la Lectio, la contemplación es el acto de elevar el corazón a Dios en busca de sus delicias, que enamoran el alma y dan fuerza para seguir el camino de la santidad. Así, la contemplación enamora al alma y la hace desear todo aquello que sale de la boca de Dios: “*¡Oh tú que habitas en los huertos! Tus compa-*



ñeros prestan oído a tu voz, haz que yo también la pueda oír” (Ct 8, 13).

El que contempla fija los ojos de su corazón en Dios: “Abre mis ojos y contemplaré las maravillas de tu ley” (Sal 119, 18).

Así como los enamorados encuentran su deleite en mirarse el uno al otro “-¡Qué bella eres, amor mío, qué bella eres! ¡Palomas son tus ojos! -¡Qué hermoso eres, amor mío, eres pura delicia!” (Ct 1, 15-16) el alma que contempla encuentra su deleite en la voz del Señor: “Su hablar es lo más suave que hay y toda su persona es un encanto” (Ct 5, 16).

La contemplación, como el amor, no puede ser explicada sino vivida. Podemos hablar de ella, pero difícilmente podremos decir qué es. Tan solo resta decir que así como los enamorados requieren de momentos de intimidad, el alma también requiere reservar momentos íntimos para compartir con Dios en el silencio del corazón. Así como el que ama guarda en interior la imagen del ser amado, Dios, que nos lleva tatuados en las palmas de sus manos (cf Is 49, 16a) anhela que nosotros también lo amemos, y lo llevemos grabado en nuestro corazón, mediante la contemplación de su Palabra:

“Ponme como sello en tu corazón,
como un sello en tu brazo.

Que es fuerte el amor como la Muerte,
implacable como el Seol la pasión.

Saetas de fuego, sus saetas, una llamarada de Yahvé.
No pueden los torrentes apagar el amor, ni los ríos anegarlo.
Si alguno ofreciera su patrimonio a cambio del amor,
quedaría cubierto de vergüenza”. (Ct 8, 6-7).



¡Oh María! Virgen y Madre, Tú que conservabas cuidadosamente todas las cosas en tu amable corazón, medítandolas (Lc 2, 19.51). Enséñanos a leer, meditar, orar y contemplar la Palabra de aquel que tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68), para que tengamos vida, y vida en abundancia.

Por Cristo Nuestro Señor.

Amén.

Guigo, el Cartujo

Leer, Meditar, Orar, Contemplar⁴

“La lectura (lectio) es el estudio asiduo de la Escritura hecho con espíritu atento. La meditación (meditatio) es una diligente actividad de la mente que busca el conocimiento de las verdades ocultas... La oración (oratio) es un impulso fervoroso del corazón hacia Dios, para alejar el mal y alcanzar el bien. La contemplación (contemplatio) es una elevación de la mente hacia Dios, saboreando las alegrías de la eterna dulzura...”

La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide, y la contemplación la saborea.

Puede decirse que la lectura lleva el alimento a la boca, la meditación lo mastica y lo tritura, la oración lo degusta y la contemplación es la dulzura que recrea y da alegría...

La lectura es un ejercicio de los sentidos externos, la meditación es un ejercicio de la inteligencia, la oración es un deseo, y la contemplación sobrepasa los sentidos.”

⁴ Este texto está tomado del libro “La Biblia en Grupo. Doce itinerarios para una lectura creyente”. Está preparado por la Casa de la Biblia y editado por Verbo Divino. España. 1997. p. 27. Recomendamos este libro.